

¿COMO IDENTIFICAR LA RESILIENCIA? UN ANALISIS DESDE LAS PERSPECTIVAS DE IDENTIDAD Y COMPETENCIAS*

Fecha de recepción: 28 – 11 – 2008

Fecha de aceptación: 30 – 04 - 2009

AUTORES:

YANINE GONZÁLEZ GÓMEZ

Psicóloga, especialista en lúdica y recreación para el desarrollo social y cultural, Magíster en Investigación Social Interdisciplinaria. Docente investigadora de la Facultad de Psicología de la Universidad Antonio Nariño, integrantes del grupo Esperanza y Vida, reconocido en categoría C por COLCIENCIAS. Yaninegonzalezgomez@yahoo.es;

MARIBEL GARCÍA RIVERA

Psicóloga, especialista en Educación Sexual, candidata a Magíster en Psicopedagogía Infantil. Docente investigadora de la Facultad de Psicología de la Universidad Antonio Nariño, integrantes del grupo Esperanza y Vida, reconocido en categoría C por COLCIENCIAS.

coordinador.psicologia.sur@uan.edu.co

ALEXEI FERRER GARAY

Psicólogo, candidato a Magíster en Estudios sobre Mujer y Género. Docente investigador de la Facultad de Psicología de la Universidad Antonio Nariño, integrantes del grupo Esperanza y Vida, reconocido en categoría C por COLCIENCIAS. alafaro1968@yahoo.es

RESUMEN

El término Resiliencia ha sido usado desde los 90 como un concepto y como un calificativo, para designar la superación positiva de situaciones adversas. Desde diversas corrientes en Psicología, la resiliencia ha sido considerada un proceso y una capacidad del sujeto, dando lugar al

* Una versión de este artículo fue publicada en las memorias del IV encuentro Nacional de Grupos de investigación

desarrollo de estrategias técnicas y programas de intervención que intentan promoverla y/o fortalecerla; para identificar claramente la resiliencia, la psicología la asocia con la identidad, ubicándola como parte de ese proceso en el cual el sujeto humano se construye como único y a la vez dependiente de los otros. Por otra parte se han establecido indicadores de resiliencia asociados con capacidades y destrezas del sujeto que supera una situación adversa, sumadas a condiciones específicas del entorno. Surge una relación entre el concepto de resiliencia y el de competencias, que define la característica de un sujeto para saber hacer y saber sobre el saber hacer en un contexto específico. Dicha relación ayuda a la identificación de la resiliencia de una manera clara y concreta conectándola con el mundo simbólico, el del discurso que le da vida a la acción humana.

Palabras clave: Resiliencia, identidad, psicología, competencias, sujeto

ABSTRACT

The Resilience term has been used since the 90 as a concept and as a qualifier, to designate positive overcoming adverse situations. From various currents in psychology, resilience has been considered a process and a capacity of the subject, leading to the development of technical strategies and intervention programs that attempt to promote and / or strengthen it; to identify clearly the resilience, psychology associated with the identity, location as part of that process in which the human subject is built as a single and both dependent on others. On the other hand have been established indicators associated with resilience capabilities and skills of the subject that exceeds a situation mishaps, coupled with specific conditions of the environment. Surge is a relationship between the concept of resilience and skill, defining characteristic of a subject for know-how and know about the know-how in a specific context. Such a relationship helps the

identification of resilience in a clear and concrete connecting it with the symbolic world, the discourse that gives life to human action.

Keywords: Resilience, identity, psychology, skills, subject

Introducción

El concepto de resiliencia ha tenido un inusitado auge durante los últimos años, debido quizá a la posibilidad de enlazar a través de él categorías de orden “social” con otras de orden “psicológico”, a partir del enfoque de factores de riesgo, lo cual permite justificar el desarrollo de estrategias de intervención en diferentes campos. En una mirada general a las formalizaciones teóricas derivadas de investigaciones en áreas tan diversas como la educación, el desarrollo comunitario y la atención a víctimas de desastres (naturales y artificiales), se puede identificar una marcada tendencia hacia lo descriptivo. Se ha instrumentalizado el concepto echando mano de categorías como las de “factor de riesgo” y “factor de protección” que permitan identificar la resiliencia como mecanismo de respuesta en situaciones traumáticas para el sujeto, infiriendo a partir de allí la existencia de una “estructura resiliente” asociada con elementos psicológicos tales como esquemas cognitivos, autoestima, autoconcepto, esquemas de valoración e incluso mecanismos yoicos de defensa. Estas teorizaciones han promovido el diseño de diferentes modelos de fortalecimiento, promoción y desarrollo de la resiliencia, los cuales sin embargo no son muy específicos a la hora de discriminar la resiliencia por oposición a conceptos como “hardiness”, “afrontamiento”, “vulnerabilidad” y “competencia” entre otros. Los modelos de promoción de la resiliencia giran en torno al empoderamiento, la gestión de las comunidades, el reconocimiento de la capacidad resiliente en las poblaciones objeto y estrategias de trabajo en equipo y en red encaminadas a elevar la presencia de condiciones protectoras en el medio

ambiente que rodea a las mismas. Sin embargo, es persistente el carácter descriptivo de los mismos y la alusión a categorías bastante etéreas en la argumentación y construcción teórica.

En la vía de discernir si se habla de un término o un concepto, si se habla de un proceso o un mecanismo, o simplemente de un nuevo elemento del discurso social, cabe entonces preguntarse, ¿qué es lo que hace específica a la resiliencia? ¿cómo identificarla claramente? ¿es la resiliencia una capacidad, una habilidad, o un mecanismo psicológico?.

Resiliencia e Identidad

Los desarrollos teóricos e incluso los modelos técnicos parecen ubicarse en el carácter transformador de la resiliencia, es decir, en la capacidad de cambiar el sentido de la situación adversa para producir respuestas positivas dirigidas a obtener bienestar y condiciones de vida mejores a las precedentes, para identificar el fenómeno y construir las explicaciones pertinentes a los mecanismos que lo producen. En términos concretos, el término resiliencia apunta a calificar el hecho de cambiar, de transformar la vida después de enfrentar eventos “críticos”¹. De esta forma encontramos que las principales propuestas acerca del término implican la existencia de indicios que ligan la resiliencia con la identidad, entendida como un constructo del sujeto que conecta, procesa y transforma el adentro y el afuera del mismo, además de modificar e incluso producir su realidad; la conducta y en general la actividad del ser humano debe ser tomada entonces como consecuencia de la acción del núcleo de identidad del sujeto. ¿Cuál es la postura de algunos enfoques en relación con este punto?

¹ Ver por ejemplo Germán Morales, *subjetividad, psicología social y problemas sociales*. REVISTA DE PSICOLOGÍA DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE VOL VI, 1997; Infante, F. *La resiliencia como proceso*; Palacios, J. *Estrés postraumático y resistencia psicológica en jóvenes*. IN: Encuentro UNICEF 2002; Colmenares, M. *Resiliencia: sus valores psicológicos y socioculturales*. Ponencia presentada en el Congreso La resiliencia, responsabilidad del sujeto y esperanza social. Cali: Ceic. 2001; Kotliarenco, M, Cáceres, I. Fontecilla, M. *Estado del Arte*. Chile: Ceanim. 1997. *Actualizaciones en resiliencia*. Chile: Fundación B. Van Leer , 2000 y otros.

El enfoque cognitivo–conductual desde sus inicios proponía que el hombre responde automáticamente a los eventos medio-ambientales, en una relación causa-efecto o estímulo-respuesta y que, al responder, los individuos se guían por los principios de reforzamiento, extinción, generalización y discriminación.

Posteriormente los teóricos cognoscitivistas han promulgado que el organismo no responde directamente a los estímulos como suponían los conductistas tradicionales. Entre las entradas sensoriales y la conducta explícita del organismo suceden muchos procesos internos y la secuencia de esos eventos interiores es lo que constituye el procesamiento de información. Estos eventos interiores no actúan aisladamente sino de manera articulada; es así que percepción, inteligencia, motivación, atención, pensamiento y memoria desempeñan un papel primario en la adaptación del organismo a su ambiente; el papel de los procesos en la conducta es variable, pues algunos de ellos actúan como antecedentes del comportamiento, es decir, procesos desencadenantes. La motivación, en algunos casos, ilustra la acción de un proceso desencadenante, en otras es una consecuencia del comportamiento (memoria y el aprendizaje). Una tercera variable la integran aquellos procesos que orientan y asignan direccionalidad a la conducta, como la atención y motivación. La última clase son los procesos disposicionales que tienen la cualidad de ser activados (actitudes, inteligencia y motivación).

El punto de enlace que puede identificarse con la resiliencia tiene que ver con la característica de los denominados procesos cognoscitivos, en tanto instancias psicológicas que permiten la representación simbólica del medio ambiente. Como representaciones abstractas se constituyen en antecedentes de la conducta y al mismo tiempo le asignan direccionalidad. De aquí puede deducirse que el organismo no responde a los estímulos físicos sino que las respuestas de un sujeto siempre están referidas a las imágenes o representaciones que ha formado respecto a los

estímulos, eso explicaría por qué no todos respondemos de la misma manera a los acontecimientos medio-ambientales. Un último componente son los procesos ejecutivos que deciden acerca de lo que se seleccionará, codificará y almacenará; su participación se extiende hasta las tareas de búsqueda y rescate de datos así como al diseño interno de las respuestas.

Rogers Mills, recoge un poco lo anterior en su teoría del “reconocimiento sano del pensamiento” y lo extrapola al concepto de resiliencia argumentando que se necesita un equilibrio entre nuestra forma de ver el mundo y los aspectos mentales, emocionales y físicos. El niño nace con la capacidad de identificar esas cuatro dimensiones y resistir a cualquier evento que cause un desequilibrio y lo que es mejor, es capaz de reconocer el desbalance, entender sus causas y aprender cómo recuperarse². En este sentido las Dras. Emma Werner y Ruth Smith (1992) investigaron acerca de las capacidades de auto direccionamiento que pueden ser promovidas desde la infancia en las familias con el fin de superar los eventos críticos por los cuales cada miembro pase. La idea de que toda persona nace con por lo menos alguna dotación de las capacidades de auto direccionamiento es denominada “effectance”, es decir, un impulso natural de “enganchar” activamente con nuestro ambiente para filtrar su influencia y dominar las tareas de una manera competente (White, R.). Estaríamos ante un mecanismo que jalona la respuesta resiliente en el sujeto, siendo la resiliencia el efecto resultante del funcionamiento del proceso y del mecanismo mencionados.

Por otro lado el enfoque cognoscitivista ha trabajado en las situaciones posteriores a eventos críticos a través del concepto de “estrés”. En cuanto su aparición y desarrollo, el proceso se describe como un fenómeno, un efecto resultante distinguiendo dos aspectos fundamentales: de un lado las situaciones del entorno, denominadas “estresantes”, que pueden ser más o menos

² Mills, R. Op.cit. pg 23

amenazantes; y de otro lado, la reacción del propio individuo. El punto de vista actual sobre la cuestión mantiene que ambos factores influyen uno en el otro para producir estrés. Es lo que se ha dado en llamar la explicación “transaccional”, que, intenta transmitir la idea de que la forma en que la persona interpreta una situación determinada como poco deseable es la que genera estrés; esta supone que la persona debe hacer frente a una serie de demandas o peticiones que superan sus recursos, de manera que se ve incapaz de responder con éxito a la situación. En otras ocasiones, la demanda no les exige tanto y es su propia percepción de la dificultad que conlleva la situación la que le hace responder con estrés. Esto se debe a que lo perciben como una demanda difícil de cumplir y se ven a sí mismos como ineptos, no capacitados para enfrentarse a la situación, sin serlo. El estrés, entonces, no está determinado simplemente por la falta de conocimiento, sino por la apreciación que cada uno hace de estos conocimientos, sea esta apreciación realista o no. Como dicen Masten y colaboradores (1990) citados por Palacio y cols. (1999) el estrés postraumático o la resistencia a los traumas es reforzada por la familia, los estilos de adaptación y el sistema de creencias.³ Agregan las autoras que “Estos estudios nos llevan a preguntarnos si existe uno o varios factores de protección o de resistencia psicológica que se relacionarían más con un ambiente favorable o con una personalidad problemática. Este último aspecto sorprende, por cuanto hace pensar en el doble valor que la resiliencia cobra cuando se la piensa asociada con el estrés como mecanismo activador de defensas y como condición existente fuera de las situaciones de crisis, emergencias y desastres; para Lemay (1998), citado por Cirulnik (1998), “el niño tendría un precio psicológico que pagar por su resistencia...”, ya que el mecanismo resiliente fuera de situaciones críticas representaría una

³ Palacio, J., Abello, R., Madariaga, C. y Sabatier, C. (1990). *Investigación & desarrollo. Estrés Postraumático y resistencia psicológica en jóvenes desplazados*. Revista del centro de investigaciones en desarrollo humano. Universidad el Norte. Colombia. Págs. 16-29

constante defensa que lo aislaría del entorno y paradójicamente lo colocaría en diferentes posiciones de riesgo.

Esto lleva a pensar en qué medida podemos sobreponernos a los eventos traumáticos...¿es la resiliencia realmente un proceso adaptativo? De esta postura se puede concluir que “resiliencia” es un calificativo que recibe un proceso, una forma de funcionamiento de las cosas; el enfoque plantearía la existencia de “auto-esquemas”, asociados con el concepto de identidad o mejor, de personalidad que, en tanto aprendidos pueden modificarse permanentemente y son los responsables por la presencia del efecto llamado “resiliente”.

Desde otro punto de vista, para el enfoque sistémico el asunto se centra en sobreponerse, lo cual implica cambiar el escenario; queremos plantear la hipótesis de que, para este enfoque, sobreponerse y crecer implica adaptarse NO a la situación crítica sino a otra, deseable social y personalmente, lo cual plantea el problema: ¿cuál es el escenario deseable? y más atrás, ¿cómo se construyen dichos escenarios para el sujeto?

Pakman⁴ plantea que la adaptación es un proceso ligado al saber, es decir, un fenómeno epistémico del individuo, que involucra aprendizajes en los cuales las estructuras cognitivas arrojan resultados esperados y producen estados de equilibrio dinámicos; todos estos procesos incluyen fundamentalmente la interacción social. El sujeto humano debe construir esquemas de propiedades estables, es decir, imputar ciertas capacidades “permanentes” a objetos con los cuales intercambia y que son variables (por ejemplo los seres humanos) con el fin de evitar consecuencias displacenteras a nivel cognitivo, más que para crear resultados placenteros. Paulatinamente estas atribuciones abarcarán no solamente capacidades perceptivas sino también cognitivas y aquellos se convertirán en sujetos de intenciones, muy predecibles y al mismo tiempo poco predecibles.

En el curso de estas interacciones y a través de este mecanismo surgirá la imagen que el sujeto “cognoscente” tiene de los otros y, lo que es más interesante, de sí mismo. Por otro lado, el individuo utiliza el lenguaje como elemento de construcción de dicho esquema permanente de la realidad, tomándolo de los otros y estableciendo ajustes (correcciones contextuales) a partir de perturbaciones presentadas por el medio. De este planteamiento pueden desprenderse importantes elementos para nuestro análisis: a) la realidad se construye a partir de perturbaciones presentadas por el ambiente, b) la realidad se construye no para encontrar estados satisfactorios, sino para evitar estados insatisfactorios y c) la realidad humana se construye a través del lenguaje, en un complejo intercambio con los “otros” humanos.

En estos términos, puede considerarse que la resiliencia (como “proceso adaptativo”) forma parte de ese mecanismo innato de los seres humanos de evitación de estados insatisfactorios que se activa frente a perturbaciones del medio, independientemente de la intensidad de las mismas (con lo cual quedaría cuestionado el concepto de “trauma” o de “evento traumático” como estímulo de la respuesta resiliente) y cuyo libreto o guía está construido a partir de los contactos con otros seres humanos en el seno del lenguaje.

El tercer aspecto resulta mucho más interesante de considerar, por cuanto implica el lazo con el concepto de identidad que plantea el enfoque sistémico; Johnston (1973)⁵ afirma que la identidad es “aquello que puedes decir que eres considerando lo que ellos te dicen que puedes ser”, para denotar que la identidad se construye usando como insumo básico el lenguaje y refiriéndose a los límites que el entorno social determina. En este sentido la identidad estaría referida a la estabilidad, entendida como organización y expresión del comportamiento en acción. En

⁴ Pakman, Marcelo. *Construcciones de la experiencia humana*. Ed. gedisa, Buenos Aires, 1996

⁵ Johnston, M. Citado por Linares, J.L. en *Identidad y Narrativa*. Ed. Paidós, B.A. 1996 26 p.p.

términos de Wittgenstein⁶: “cuando hablamos no solo describimos una realidad sino que también la actuamos”, es decir que el lenguaje crea realidades. Al hacer distinciones lingüísticas y comunicativas, en la interacción con los demás, las personas adquieren identidad y a la vez se vuelven generadores de lenguaje y significado. En ese sentido la identidad se construye por fuera del sujeto, en la acción narrativa. La identidad sería el producto de la decantación de la experiencia, construida a partir de lenguaje, de historias. El ser permanece constante, conformado por capas superficiales de narrativa que entran en contacto con el exterior mediante procesos comunicacionales y capas de identidad que se modifican incorporando nuevos elementos y desprendiéndose de otros. Identidad y narrativa resultan de la relación del sujeto con los otros, reuniendo historias sobre la experiencia acumulada que son tomadas de los grupos de pertenencia del sujeto.

De esta forma, el enfoque sistémico permite ver la resiliencia como una forma de reconstrucción de la realidad del sujeto, dependiente de discursos sociales: de ideologías de género, clase social, religión, profesión, nación, etc. mezcladas con ideologías de edad (infancia, adultez, vejez). En consecuencia, la resiliencia se conecta con la identidad del sujeto no sólo en cuanto a la interpretación que éste hace de la realidad sino en cuanto a la construcción de los escenarios deseables y posibles a los que acude cuando decide “evitar estados insatisfactorios”. La resiliencia se juega, también, en las relaciones de poder presentes en los complejos discursos sociales. Este aspecto introduce el debate sobre si el discurso de la resiliencia puede agenciar una lógica de “desposeídos”, “vulnerables”, “desprovistos”, dependientes de “profesionales”, “resilientes”, “poseedores de la verdad”, quienes “otorgan”, “desarrollan”, “proveen”, “reconocen” o “identifican” la resiliencia. Lógica que responde a una relación en la cual los productos validan el discurso que les da vida y viceversa; los “profesionales” determinan el valor

⁶ Wittgenstein, citado por Durán, A. en *Avances en el Modelo Sistémico*, cuadernos PUJ, Bogotá 1994

de los objetos de consumo que producen. Legitimando el discurso a partir de la “teorización” o “academización” del mismo aseguran su lugar en la cadena de poder. En palabras de Bacarat y Graziano, se ejerce una “violencia simbólica”, a través de la “naturalización de los procesos culturales y sociales que ocultan las relaciones de poder que operan en su interior”⁷

A partir de esta reflexión cabe preguntarse, por el problema de la evaluación de la resiliencia, de las respuestas resilientes o de las conductas resilientes. Si la respuesta del individuo está sujeta a su construcción narrativa de la realidad, y ésta a su vez es producto de la interacción entre el discurso social y la acción del sujeto, entonces la evaluación de la respuesta resiliente debe hacerse más allá de la comparación entre conceptos “estándares” de la teoría, tales como autoestima, autoconcepto, factor de protección, etc. en el campo del sujeto mismo; es decir, es necesario establecer los parámetros de “lo deseable”, “lo posible” e incluso “lo bueno” para cada sujeto y escudriñar el contexto discursivo del entorno social que lo envuelve, para determinar cuál fue el sentido que dio al evento (sin prejuzgar a éste como “traumático”, “estresante” o “desestructurante”) y cuál la respuesta que está construyendo frente al mismo. Como consecuencia de lo anterior, es posible cuestionar la legitimidad del enfoque preventivo en términos de la resiliencia. Tomando en cuenta lo propuesto por el enfoque sistémico, la respuesta del sujeto puede modificarse una vez construido el discurso sobre la vivencia experimentada, esto es, a nivel de la modificación de dicha narrativa (intervención terapéutica), que es, en mucho, un “cambio epistemológico con repercusiones narrativas”⁸; gracias a la comunicación entre los espacios epistemológico, emocional y pragmático supuestas en el enfoque narrativo, los dos últimos espacios pueden cambiar accediendo a una nueva narración emergente. Vista así, la prevención es muy problemática, en tanto no podemos predecir el contexto en el cual se va a

⁷ Baracat, M y Graziano, N.(2002) “¿Sabemos de qué hablamos cuando usamos el término Competencias? En El Concepto de Competencia II. Ed. Alejandría: Bogotá, 2002

desarrollar la respuesta a los eventos “estresantes” y, mucho menos, la narrativa construida por el sujeto. Algunas alternativas propuestas por el enfoque en esta vía tienen que ver con la “deconstrucción del discurso social” como una manera de cuestionar el estatus quo en el cual se encuentra inmerso el sujeto y posibilitar cambios.

Un tercer enfoque que trabaja sobre el proceso de construcción de la identidad es el Psicoanalítico desde el cual el sujeto construye un referente virtual de la realidad por intermedio del lenguaje que le aportan los otros, representados por las figuras parentales próximas durante la niñez. En este contexto, la identidad se basa en la interiorización de la identidad paterna; la resistencia a esta autoridad y el sometimiento a ella constituyen un núcleo permanente de conflicto, que se resuelve a través del lenguaje, en la construcción de nuevas realidades discursivas que comparte el sujeto con los otros. El núcleo de este proceso es el Yo, instancia encargada de tramitar los impulsos inconscientes de la pulsión y las exigencias de la realidad. En este sentido, la respuesta que el sujeto da a los eventos vitales depende no sólo del grado de satisfacción o frustración que estos reporten a la pulsión, sino de las capacidades yoicas de resolución del conflicto.

La resiliencia puede ser entendida aquí como ese grado de satisfacción, es decir, de obtención del equilibrio o la ausencia de displacer, que logra alcanzar el yo después de experimentar determinado evento, a través de un referente discursivo, denominado “fantasma”. Dicho fantasma vendría a ser un esquema narrativo, a partir del cual el sujeto obtiene las claves para interpretar la realidad; algo así como un “libreto de lo deseable” para el sujeto, su carta de navegación. La intervención entonces puede entenderse en dos vías: por un lado, el fortalecimiento del yo, para procurar la satisfacción de las pulsiones a pesar de la calidad de los eventos externos y, por otro, la modificación del fantasma a través de la transformación de la

⁸ Linares, J.L. op. cit. 31 p.p.

narrativa por parte del sujeto (efecto de “elaboración” dentro de la terapia). En este modelo psicoanalítico, la fortaleza del yo es a la vez resultado y causa del proceso de la cura y del desarrollo de las capacidades resilientes. El trauma puede ser el punto de partida de una estructuración neurótica o psicótica, pero también un punto de llegada en cuanto significa el desarrollo de la estructura a manera defensiva. La distancia entre el trauma y el recurso a mecanismos simbólicos puede ser la medida de la capacidad resiliente; enfoque de resiliencia que hace énfasis en las relaciones parentales pero que no elucida posibilidades concretas en cuanto a modelos de prevención. Esta particular definición de resiliencia desde el punto de vista de la identidad inconsciente tiene sorprendentes paralelos con la propuesta Freudiana del “retorno de lo inconsciente”: Para Freud el origen de la capacidad humana de comunicarse y crear está en las pulsiones, cantidades de energía que pugnan por alcanzar una suerte de placer absoluto, una satisfacción total; el inconsciente primario es una fuente constitutiva de representaciones, impulsos y afectos, esencial para la constitución y continuidad del sujeto. Esta capacidad originaria de producir representaciones inconscientes es la condición de la iniciativa y la autonomía humanas, y al mismo tiempo una fuente potencial de represión y desfiguración, en tanto es en el interior de estos elementos afectivos profundos en donde la subjetividad se abre al propio ser y a los otros. Esta apertura del inconsciente ocurre en el interior de formas simbólicas específicas de sociedad y de política⁹; en estos términos la resiliencia sería una de las opciones de respuesta del sistema, en cuanto el sujeto logra la preeminencia de sus productos imaginarios (novedosos, positivos) sobre los productos alienantes o represivos generados por las instituciones y la vida social. De otra forma, la resiliencia sería un efecto del retorno de las opciones creadoras del inconsciente del sujeto.

⁹ Elliot, Anthony (1992). Teoría social y psicoanálisis en transición. Amorrortu Ed. Buenos Aires

Todos estos enfoques relacionados con la noción de identidad nos colocarían en la dirección de considerar la resiliencia como un efecto, ligado a determinados mecanismos de adaptación del sujeto, prevalentemente construidos en épocas tempranas de la vida en la relación con otros humanos, utilizando como insumo fundamental el lenguaje; en otros términos, la resiliencia estaría dada por el desarrollo y utilización de mecanismos psicológicos del sujeto, a través del lenguaje, cuya función sería la de construir o modificar la realidad (interna) para lograr una concordancia entre lo que el sujeto considera como su “escenario ideal de ser” y lo que percibe en un momento determinado como “su lugar en el mundo”.

Esta óptica nos permite trascender el enfoque descriptivo e instrumental de la resiliencia para ubicarla en relación con los mecanismos psíquicos del sujeto, asociada con el contexto relacional y simbólico del mismo.

Resiliencia y Competencias

En la vía de aislar la resiliencia para diferenciarla de otros conceptos, podemos intentar una operativización del término a través de la medición, para lo cual podemos apoyarnos en el concepto de competencia y desarrollar un análisis comparativo del mismo.

Tomando en cuenta la noción, en boga, de competencias, es posible observar una congruencia entre los dos conceptos, encontrando que la Resiliencia podría considerarse una competencia, en cuanto puede verse como un saber, y saber hacer en el contexto. La competencia implica una serie de valores, una actitud y un proceso específico de motivación. La evaluación de la resiliencia implica una comparación frente a sí mismo, entre lo deseable y lo no deseable y la competencia para transformar lo segundo en lo primero.

Desde un panorama educativo, se han encontrado propuestas basadas en el enfoque de competencias dirigidas a fortalecer a los niños para enfrentar su desarrollo evolutivo y su

vinculación social de una forma favorable: países como Brasil y Estados Unidos han diseñado programas para fortalecer la autoestima de niños de 0 a 6 años, considerando que a través de la lúdica, de lo simbólico, puedan ser estimulados a desarrollar factores resilientes. En Castelo, un poblado en Brasil se han construido pacios considerados ludotecas, atendidas por adolescentes, que constantemente son capacitados para que ellos puedan orientar a los menores que asisten a la sala. El arte, el teatro, la música, las historias infantiles, las leyendas, son utilizadas como herramientas que insertan a los menores en procesos de autonomía, creatividad, socialización, humor, autoestima que se consideran pilares de la resiliencia¹⁰. Por otro lado en la Florida (Estados Unidos), en un albergue público, identifican a los maestros como facilitadores y modelos estables dentro del aula. Consideran que las técnicas de dirección dentro de esta, adoptadas por los distritos escolares en este país, han permitido en los últimos años mejorar las relaciones de los menores con sus padres disminuyendo la delincuencia y los embarazos en adolescentes¹¹. El modelo apunta a demostrar que toda la juventud tiene potencialmente dentro de su estructura psicológica, la motivación y la capacidad intrínseca de aprender. El paradigma general de este modelo, denominado como psicología de la mente (POM), busca identificar cómo los procesos mentales determinan la percepción. Los principios de ayuda de POM proporcionan la evidencia que el pensamiento es la fuente de la experiencia humana, todas las personas poseen una capacidad innata para funcionar psicológicamente de forma saludable; se considera que hay dos modos de pensamiento: uno basado en los recuerdos y otro basado en una visión actualizante; trabajar desde el segundo permite a las personas comprender su

¹⁰ Projeto Auto Estima das Crianças Negras . documento recuperado en <http://www.funac.ma.gov.br/resilien1.htm>.
Projeto Auto Estima das Crianças Negras

¹¹ Mills, Rogers. (1997) *Tapping Innate Resilience in Today's Classrooms*

funcionamiento psicológico y reconocer cuándo sus procesos mentales se han vuelto disfuncionales¹²

Cordeiro (1997) identifica unos modelos como favorables para los niños, niñas y jóvenes que han pasado por situaciones difíciles, y que no logran encontrar apoyo en el núcleo familiar. Se trata de identificar dichos modelos con la presencia de un maestro que no solo se limite a transmitir información sino que sea también un formador en competencias, que le permita a sus estudiantes identificar y desarrollar habilidades, conocimientos y experiencias dentro un contexto, logrando resolver los problemas que este demande a partir de la construcción de una relación afectiva que anime a los jóvenes a impulsar cosas importantes en su vida.

Lo anterior implica que las aulas no sólo son espacios del proceso de enseñanza-aprendizaje, sino que en su interior se puede construir y facilitar la resiliencia, pues las fortalezas de un estudiante lo harían pasar de un estado de riesgo escolar, o incluso vital, a la superación de dicho estado y el ingreso a otro donde gracias al desarrollo de sus competencias saldría fortalecido. Las relaciones constructoras de resiliencia en la escuela se caracterizarían por centrarse en los puntos fuertes de los alumnos¹³.

Los docentes que trabajan en las escuelas deben buscar las fortalezas de cada niño con la misma minuciosidad con que intentan detectar sus problemas y señalárselas para hacer de éstas una herramienta de la enseñanza. Lo verdaderamente importante está en que docentes y directivos reconozcan y acepten que son ellos los que tienen la posibilidad de encaminar a sus estudiantes desde situaciones de riesgo hacia la resiliencia y para ello el docente debe reconocer el origen de su conducta resiliente y considerar como cierto que todos los seres humanos pueden transformar y

¹² Idem

¹³ Henderson, Nan y Milstein, Mike M. : *Resiliencia en la escuela*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 2003.

cambiar sus vidas¹⁴.

Por otro lado fomentar la resiliencia en el ámbito escolar se extiende al fortalecimiento de lo comunitario ya que permite establecer vínculos prosociales, actitudes y comportamientos positivos, reafirmar los valores y evitar el aislamiento social que conduce a otros problemas graves, como la violencia y la discriminación¹⁵. La prosocialidad se define como una postura individual que se introduce en la búsqueda del bien común anteponiéndolo al bien personal o al de un grupo de la colectividad. El docente se convierte en guía y asesor de una educación para la vida en los ámbitos de la cotidianidad; esto significa que trasciende el aula y se inserta en el ámbito familiar o comunitario.¹⁶

Estos modelos ilustran la alternativa de intervención a nivel preventivo, basada en el desarrollo comunitario; no obstante, es difícil dejar de observar el recurso a los factores de riesgo como ejes dinamizadores de la estrategia, apuntalados no en la transformación de los imaginarios sociales ni de las narrativas colectivas, sino en la vieja (y obsoleta?) estrategia de promover la implantación de un modelo externo a la comunidad, idealizado por los “agentes institucionales” y, porqué no decirlo, impulsado por el discurso político dominante.

En otro sentido, es posible identificar otras coincidencias entre el concepto de resiliencia y el de competencias:

- Las competencias no son observables directamente. Algunos de sus componentes solo pueden deducirse a través de las actuaciones. De la misma forma, hemos descrito la

¹⁴ Melillo, A., Suárez Ojeda, E. (2001): *Resiliencia- Descubriendo las propias fortalezas-* (Compiladores) Ed. Paidós Bs.As.

¹⁵ Henderson, Nan y Milstein, Mike M. : *Resiliencia en la escuela*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 2003.

¹⁶ Idem

resiliencia como un proceso, del que sólo podemos dar cuenta en la práctica de “transformación” del sentido otorgado a una situación vivida.

- Las competencias se evalúan en los diferentes campos de acción del sujeto y deben definirse de acuerdo con el objeto de conocimiento. Así mismo, la resiliencia implica diversas adaptaciones de la realidad, a partir de la ejecución de tareas en diversos campos del sujeto.
- La competencia responde a la necesidad de demostrar un desempeño específico en lo social, convirtiéndose en la certeza sobre una capacidad que se posee, en un elemento de dominio. ¿Entendida así, la resiliencia sería una actitud?
- Las competencias se refieren a un saber sobre un saber hacer en contexto, son concretas, específicas y se actúan sobre un texto en un contexto; aquí puede considerarse el carácter histórico de la resiliencia, en cuanto al relato de sí mismo en relación con el discurso social. En las competencias se plantea una mirada axiológica, que genera evaluaciones concretas, en contextos definidos, con saberes, habilidades, valores y motivación específicos. Este punto plantea el problema de considerar la resiliencia sólo en contextos específicos, lo cual nos lleva a pensar que la resiliencia no es algún proceso que se pueda copiar o reproducir, sino un proceso individual de asignación de sentido. Por eso la necesidad de ligarla a la propia historia y al propio modelo de lo posible. Un problema emergente es que el sentido sólo se adquiere al final, en forma retroactiva. Considerando este enfoque de resiliencia como competencia, ¿podemos hablar de promoción de resiliencia?

Un debate suscitado en torno al concepto de competencias adquiere, en este contexto, una nueva relevancia en cuanto toca también el problema de la construcción política del concepto.

La medición de las competencias genera entonces la discusión sobre los parámetros, a saber: evaluar al sujeto contra un parámetro predefinido, de claro carácter ideal, evaluarlo en relación

con un parámetro mínimo, establecido por la experiencia del grupo (estadístico), que todos deben alcanzar o evaluarlo de acuerdo con las posibilidades que permita el contexto.

En cuanto saber hacer en contexto, puede proponerse una medición de la resiliencia a partir de los productos materiales, actitudinales y de proceso que impliquen un esfuerzo por modificar una situación dada, relacionando la creatividad del sujeto con sus esquemas ideales de ser. Medición que no debe dejar de lado el análisis de los elementos del discurso social en los cuales está inmerso el sujeto y las relaciones de poder que maneja en un momento específico de su vida.

A manera de conclusión

Evaluar la resiliencia implica un proceso complejo que va más allá de la conducta observable (pero que la incluye) y mucho más allá de los factores de riesgo o protectores, hasta el análisis de los complejos procesos de asignación de valor, de construcción de sentido y de identidad que emprende el sujeto a partir de su relación con el entorno; en este sentido, las situaciones adversas adquieren o no esa cualidad de acuerdo con la construcción de esquemas valorativos en el seno del lenguaje, de la comunicación humana.

La valoración de la resiliencia debe incluir un panorama de lo deseable para el sujeto: tiene que ver con la experiencia, con el proceso valorativo de la misma, con la “eficiencia”, que puede ser entendida en términos de satisfacción del deseo, del “fantasma” como esquema de lo deseable para el sujeto a partir de las huellas antiguas, en términos de un discurso compartido (una narrativa) desarrollado para evitar sensaciones insatisfactorias en el sujeto, o bien como el resultado reforzante de una acción del mismo. De igual manera, debe tener en cuenta lo no deseable, lo cual implica el sentido, la capacidad y las herramientas para posponer, diferir, transformar la satisfacción a partir de lo simbólico; dichas herramientas pueden ser tomadas como competencias.

La resiliencia sería una alternativa del sujeto dependiente de su relación con lo simbólico; de la misma forma que puede resignificarse la historia propia (en el proceso terapéutico sistémico o analítico) ¿puede “fortalecerse” o “disponerse” para la resiliencia? Esta pregunta introduce una crítica a la instrumentalidad de los estudios sobre resiliencia, en cuanto muestran que las alternativas de intervención cuentan con mayores desarrollos teóricos y pueden estar apoyadas sobre bases sólidas en enfoques como el sistémico y otros. No obstante, concebir la resiliencia en el marco de la narrativa, del proceso de construcción y deconstrucción de discursos en las relaciones sociales, significa trasladarla al ámbito de lo político y puede aportar al enfoque preventivo creando modelos de gestión comunitaria que analicen y modifiquen imaginarios sociales y que construyan, en últimas, nuevas relaciones de poder.

REFERENCIAS

Bruner, J. (1988). *Desarrollo cognitivo y educación*. Ed. Morata. Madrid

Bustamante Z, et als. (2002) *.El concepto de Competencia II. Una mirada interdisciplinar*. Bogotá: Ed. Alejandría.

Cordeiro M. (1997) *Treating Infants and Mothers in Psychic Distress: A Mental Health Program for Infancy* en *Infant Mental Health Journal*, Vol.18 (2)

Durán, A. (1994) *Avances en el Modelo Sistémico*. Bogotá: Cuadernos PUJ.

Elliot, Anthony (1992). *Teoría social y psicoanálisis en transición*. Amorrortu Ed. Buenos Aires

Henderson, Nan y Milstein, Mike M. (2003). *Resiliencia en la escuela*, Buenos Aires: Ed. Paidós

Henderson, Nan y Milstein, Mike M. (2003): *Resiliencia en la escuela*. Buenos Aires: Ed. Paidos.

<http://www.funac.ma.gov.br/resilien1.htm>. Projeto Auto Estima das Crianças Negras

Las Bases del Paradigma de la Resiliencia (primera parte). Artículos del Código de la Niñez y la Adolescencia relacionados con el tema. Aporte temático No. 6-98. Fundación PANIAMOR. 1998.

Linares, J.L. (1996). *Identidad y Narrativa*. B.A: Ed. Paidós

Masten, A. *Resilience in Children at-Risk*. University of Minnesota, College of Education & Human Development. Center for applied research and educational improvement. (1997)

Melillo, A., Suárez Ojeda, E. (2001): *Resiliencia- Descubriendo las propias fortalezas-* (Compiladores) Bs.As: Ed. Paidós

Mills, Roger. (1997) *Tapping Innate Resilience in Today's Classrooms*

Pakman, M. (1996) *Construcciones de la experiencia humana*. Buenos Aires: Ed. Gedisa.

Palacio, J., Abello, R., Madariaga, C. y Sabater, C. (1990). *Investigación & desarrollo. Estrés Postraumático y resistencia psicológica en jóvenes desplazados*. Revista del centro de investigaciones en desarrollo humano. Universidad el Norte. Colombia.

Pozo, J. (1994). *Teorías Cognitivas del Aprendizaje*. Ed. Morata. Madrid

Puente, A., Poggioli, L. y Navarro A. (1995). *Psicología Cognitiva: desarrollo y perspectivas*. Venezuela: Mc Graw Hill.

Runner, I. and Morris, J. (1997). *Traditional native culture and resilience*. University of Minnesota, College of Education & Human Development. Center for applied research and educational improvement.